

UNA ALEGORÍA ROMÁNTICA DE VALERIANO D. BÉCQUER

POR GERARDO PÉREZ CALERO

Sevilla, de tan delicada percepción para juzgar el mérito de sus bellezas y de sus artistas, no tuvo la dicha de ver morir bajo su sombra a sus hijos ilustres los hermanos Bécquer. El azar, que siempre acompañó como sino inescrutable la senda de Gustavo Adolfo y Valeriano, quiso que fuese lejos de su amada patria chica y sin despedida el último suspiro de aquellos románticos solitarios.

Con apenas 29 años, cual un joven Velázquez de su tiempo, Valeriano abandonó Sevilla a la búsqueda de nuevas oportunidades y se instaló en Madrid junto a su hermano el poeta. Serán los primeros años de miseria en la capital de la corte isabelina, a los que seguirán tiempos de bonanza. Este interregno definitivo cargado de incertidumbre y desasosiego que les llevó por una vital existencia entre Castilla, Navarra y el País Vasco, debió mellar además de la salud física de ambos hermanos su equilibrio moral y síquico. La posterior marcha al monasterio aragonés de Veruela en 1864 se debió precisamente a la búsqueda de la salud perdida de Gustavo Adolfo.

Como documento iconográfico de tan turbada existencia se nos muestra la interesante obra que ahora estudiamos, perteneciente a una colección particular.¹

Se trata de una escena de interior centrada por dos figuras en composición triangular situadas en segundo plano de profundidad: una mujer joven de pie sobre cuyo regazo se inclina un hombre sentado en un sillón a la que se ase delicadamente por la cintura mientras extiende por delante su brazo izquierdo cuya mano abre en ademán inquisitivo. Completa la escena un conjunto de objetos propios de un estudio de artista pintor: un cuadro de formato vertical situado en tercer plano y varios al fondo colgados de la pared.

Estamos ante una obra inédita que, a nuestro juicio, representa una alegoría artístico-literaria alusiva a los Bécquer, muy del gusto de la estética romántica². Pudiera

1. Queremos agradecer al propietario del cuadro las facilidades dadas para su estudio.

2. Se trata de un cuadro al óleo sobre lienzo, sin firmar ni datar, de 53 x 43 cts.

tratarse de la alegoría alusiva a *la inspiración artística*, o tal vez de *la melancolía del artista o del intelectual*, toda vez que en el personaje representado puede reconocerse a Gustavo Adolfo (1836-1870), aunque también pudiera tratarse del propio Valeriano (1833-1870), con el que tiene bastante afinidad personal. En cualquier caso, se muestra, a juzgar por su expresión, gestos y actitudes, fatigado, agobiado y al parecer desalentado. Tal vez enfermo ya, como atestigua su semblante, cual Ecce Homo romántico, confortado y apaciguado por la figura alegórica de la Musa (¿Terpsícore?) que acaricia las cuerdas de la pequeña mandolina situada sobre la mesita del primer plano. Contribuyen a ésta suposición, la serie de objetos ya descritos: cuadros, paleta de pintor, instrumento musical y la pluma casi inadvertida al fondo izquierdo como atributo del poeta y también con su compleja significación ritual de ascensión celeste y de clarividencia como fuerza aérea, liberada de la pesadez de éste mundo. Es decir, como signo de sacrificio ritual alusivo al propio poeta y artista.

Vemos también en ésta alegoría referencias al binomio shakesperiano Hamlet-Ofelia, tan caro a los sueños de Gustavo Adolfo e identificable con él mismo, no en balde su propio hermano Valeriano, a nuestro juicio autor de la obra que estudiamos, tuvo muy presente el mito literario cuando concibió la misma, pues había recibido con anterioridad un importante encargo por parte del Marqués de Valmar, consistente en la decoración de su residencia de Deva (Guipúzcoa) mediante seis alegorías de los grandes clásicos del teatro universal, no faltando Shakespeare ni Ofelia, su heroína más importante.

Para mayor abundamiento de lo que sostenemos, debemos añadir que por entonces (c. 1868-1870) se estrenó con gran repercusión en Europa una ópera francesa sobre Hamlet, en la cual la pareja de amantes ocupaba el centro de la acción y el protagonista del drama se sentía desanimado por la pérdida de Ofelia. Tal situación, sin duda, es pareja a las circunstancias entonces vividas por Gustavo Adolfo, para cuyo hermano Valeriano ésta última es ahora la Musa hecha presente en el cuadro.

Estamos, pues, ante una interesante obra, bien dibujada y compuesta, entonada mediante una ajustada gama cromática que se complementa con una agradable y suave iluminación del interior, lo que favorece la zona central del cuadro en detrimento de las laterales y del fondo que quedan intencionadamente en penumbra o semipenumbra.

El cuadro, que se halla sin acabar, lo que se aprecia en algunos detalles de la figura varonil, debió ser ejecutado por Valeriano en el último lustro, tal vez en el postrer bienio de existencia de los hermanos sevillanos, cuando a raíz de la Revolución septembrina de 1868 que acabó destronando a Isabel II y con ella la era romántica, las circunstancias fueron mas que adversas para ambos artistas, lo que se manifiesta veladamente en ésta obra, verdadera alegoría lírica y elegíaca de dos ricas personalidades imbricadas y errantes.



Alegoría romántica. Colección particular